

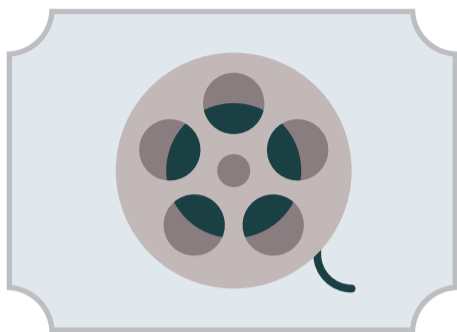


EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.
Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirectores: Encarna Samitier (Opinión), Ángel Gorri (Información). Redactor Jefe: Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. España, Mundo y Economía:

José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.
Imprime: Impresa Norte S. L.
Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.



F.P.

LA FIRMA | Por José Luis Melero, de la Real Academia de San Luis

Buñuel y la osa Nicolasa

La iniciativa de colocar en Zaragoza placas que recuerden los lugares donde vivieron escritores, artistas y demás personajes ilustres duerme el sueño de los justos, sin que el Ayuntamiento la haga efectiva. Ha dado prioridad, en cambio, a otros recordatorios

Las mejores ciudades, las ciudades más importantes, son aquellas que cuidan de su presente... y de su pasado. Recordar cómo fueron esas ciudades a lo largo del tiempo y quiénes fueron sus habitantes más destacados, las dota de una carga histórica que las realza y distingue. Cuando uno va a Madrid, Sevilla, Roma o París, se cansa de ver placas por calles y plazas que recuerdan a sus más célebres moradores, y a todos nos gusta –y muchas veces nos emociona– saber que estamos justo delante de donde vivieron Cervantes, Galdós o Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, James Joyce o Julio Cortázar. A veces, esas placas están cogidas por los pelos, como la romana que recuerda que Joyce vivió en esa casa entre agosto y diciembre de 1906, o la madrileña que nos informa de que «En una pensión de esta casa vivió el joven escritor Benito Pérez Galdós entre 1862 y 1863 durante sus primeros meses en Madrid». Pero todo es bueno para el convento, y todo vale con tal de vender a quienes nos visitan que en nuestra ciudad han vivido célebres escritores o creadores y que, cuando lean esas placas, están paseando por donde lo hizo la 'crème de la crème'. El poner esas lápidas apenas cuesta nada (sólo hay que tener la voluntad política de hacerlo) y enriquece sobremanera la tradición cultural de la ciudad.

Pues bien, cuando yo estuve en el Consejo de Administración de la Sociedad Municipal 'Zaragoza Cultural' hice formalmente esta propuesta para nuestra ciudad. Uno, ya saben, es Hijo Predilecto de Zaragoza, y se cree en la obligación y con la responsabilidad

de dar a ésta amparo y cariño permanentes. La idea fue aprobada por unanimidad del Consejo y se decidió crear una comisión de expertos (compuesta por profesores de la Universidad) para elaborar una lista de personajes ilustres (aragoneses o no) que hubieran residido en la ciudad. En aquel momento, yo nombré, a modo de ejemplo y sólo para que se viera por dónde podían ir los tiros, a Luis Buñuel, Clarín (que fue catedrático en Zaragoza y vivió en nuestra ciudad entre septiembre de 1882 y junio de 1883), Juan Eduardo Cirlot, Pilar Bayona, Amparo Poch (a ésta se la han puesto recientemente y bienvenida sea, aunque al parecer sólo por el «compromiso municipal por poner en valor los méritos de las mujeres que han sido referentes en la ruptura de los roles de género», lo que quiere decir que si no llega a ser mujer y feminista se queda sin placa), Tomás Serral y Casas, Federico Comps Sellés (el gran dibujante zaragozano fusilado en 1936, con 21 años), Rosa M.^a Aranda, Juan José Luis González Bernal, Fermín Aguayo, Ana M.^a Navales, Santiago Lagunas, Ramón Martín Durbán... No hablé de Goya, de Ramón y Cajal ni de Einstein, pues éstos ya tienen sus correspondientes placas en la plaza San Miguel, en la calle Méndez Núñez y en el Paraninfo, y porque tal vez, dada su

«Pero, hombre, ponerle una placa a la osa Nicolasa y no ponérsela a Buñuel o a Clarín roza el esperpento»

enorme dimensión internacional, habría que tratarlos de forma diferenciada.

Pero nada de lo aprobado en ese Consejo se ha hecho hasta ahora. Es verdad que un técnico cultural del Ayuntamiento me llamó algunas veces para dar forma a la propuesta, pero el día que íbamos a reunirnos me avisó de que aquello se posponía, sin explicarme el porqué. Cosas de la política, que yo nunca alcanzo a comprender. Por eso, mi sorpresa fue grande cuando supe que todos esos grandes personajes están, para los munícipes zaragozanos que se encargan de estos asuntos, a la zaga de la osa Nicolasa y del oso Juan, a los que acaban de dedicar una hermosa placa o memorial en el parque Bruil. A mí me parece muy bien recordar a esa pareja de osos que sufrió malos tratos y vejaciones intolerables. Uno adora a los animales, ha tenido perro en casa quince años, lloró lo indecible cuando murió y es de los que piensan que el que no respeta a los animales difícilmente respetará a las personas. Todo mi apoyo, por tanto, a la iniciativa. Pero, hombre, ponerle una placa a la osa Nicolasa y no ponérsela a Buñuel o a Clarín roza el esperpento. O responde a lo que sería peor y no quiero ni pensar: a creer que la osa nos da votos de los animalistas y de cualquier hombre o mujer de buen corazón, y que Clarín, Cirlot, Bayona y compañía, aunque nos aporten mucho pedigrí cultural, no nos dan ni un voto ni medio. Porque si se pensara en eso no se estaría pensando en el bien de la ciudad o, lo que es lo mismo, en el bien de todos. La osa Nicolasa, sí, pero Buñuel también. Y mejor antes.

HOY, MIÉRCOLES 22

Víctor Orcástegui

Tsipras en Ítaca

En abril de 2010, cuando Grecia admitió a regañadientes que la Unión Europea, el BCE y el FMI pasaran a controlar sus finanzas, el entonces primer ministro, Yorgos Papandrú, comparó el camino que el país tenía por delante con la Odisea, el mítico viaje de Ulises de regreso a casa. Por eso ayer, su sucesor, Alexis Tsipras, quiso ir a la isla de Ítaca para anunciar el fin de ese esforzado periplo que ha supuesto para los griegos un ingente sacrificio. Grecia ha sido el país más duramente golpeado por la crisis del euro, quizá porque también fue el que más aire insufló en la burbuja en los años de alocado crecimiento con los que comenzó el siglo XXI. Es cierto que Europa pudo haber sido más generosa con Grecia, pero no hay que olvidar que ha sido la UE la que ha prestado a Atenas miles de millones para financiar sus gastos cuando nadie daba un adarme por la deuda griega. Y aunque las dictasen Bruselas o Berlín, en buena medida las reglas de la austeridad no las imponían ni Europa ni Alemania, sino la realidad económica. Como el comisario europeo Moscovici recordaba el lunes, «no es la austeridad la que ha causado la crisis, sino al contrario».

CON DNI

Rafael Torres

La guerra de Torra

Si se quedara en que hay que «atacar al Estado», deduciríamos que Joaquim Torra profesa ideas anarquistas, pero la circunstancia de que el Estado al que hay que atacar es solo uno, el español, y la de que sabemos, porque nos lo ha dicho, que su máxima aspiración es construir un Estado precisamente, otro, como si hubiera pocos, nos descaburga de esa inicial conjetura, sumiéndonos en la correspondiente preocupación. Si el señor Torra fuera un particular, su llamamiento para atacar al Estado español, que es como él llama a España, nos preocuparía solo por él, por Torra, tanto por la ocurrencia en sí misma como por la frustración que le reportaría el previsible desenlace de su acometida. Pero como Torra no es un particular, sino el máximo representante del propio Estado español en Cataluña, la preocupación no tiene más remedio que extenderse más allá, y más acá, del personaje.

Que un alto dignatario de un Estado proponga, casi ordene, que hay que atacarlo, pudiera no ser interpretado, ni por sus adeptos ni por los con-

trarios, como una simple majadería. Si bien semejante declaración de guerra, de guerrita, no merece el contraataque con todo que propone la derecha española (Torra también es de derecha) por tratarse de eso, de una declaración, de una idea, aunque menuda idea, sí convendría emplazar al presidente de la Generalitat a que precisara el alcance de la misma, pues cuando se dice algo es natural que quien lo escucha desee, cuando menos, saber si lo ha escuchado bien.

De momento, parece que Torra, en efecto, va pidiendo guerra, y que lo hace imbuido de la peregrina idea de que cuenta con cierto apoyo internacional. Mucho sería decir que la escalada verbal de Torra es fruto de la política de apaciguamiento emprendida por el Gobierno de Sánchez en relación al secesionismo catalán, pero tampoco estaría de más releer en la historia el capítulo de los apaciguamientos, siquiera para acertar en la gradación y en los límites convenientes a este. Pertenece, el escasamente apaciguado, a una rara especie de anarquista ful, unicejo, que solo odia a un Estado.